

que hacía ya tanto tiempo aspiraba á alguna fiesta, los sentidos desencadenados podían hacerle olvidar las sabias recomendaciones de Godeschal y de su madre. Los consejos y los avisos no faltan nunca á la juventud. Aparte de las recomendaciones de la mañana, Oscar sentía aversión por Jorge, pues le humillaba la presencia de aquel testigo de la escena de Presles, cuando Moreau le arrojó á los pies del conde de Serisy. El orden moral tiene sus leyes, que son implacables, y siempre sufre castigo el que las infringe. Existe una, sobre todo, á la que el animal obedece siempre y sin discusión, y es aquella que nos ordena que huyamos de quien quiera que nos haya dañado una vez, con ó sin intención, voluntaria ó involuntariamente. La criatura que nos ha causado algún daño ó algún disgusto, nos será siempre funesta. Cualquiera que sea su rango y el grado de parentesco que nos una, es preciso romper con ella, pues nos es siempre enviada por nuestro genio del mal. Aunque el sentimiento cristiano se opone á esta conducta, la obediencia á esta ley terrible es esencialmente social y conservadora. La hija de Jacobo II, que se sentó en el trono de su padre, alguna herida debió hacerle antes de la usurpación. Seguramente que Judas, antes de hacer traición á Jesús, le había asestado algún golpe. Existe en nosotros una vida interior, el ojo del alma que prevé las catástrofes, y la repugnancia que sentimos por ese ser fatal es el resultado de esta previsión; si la religión nos ordena vencerla, nos queda la desconfianza, cuya voz debe ser escuchada incesantemente. ¿Podía tener Oscar á los veinte años tanta formalidad? ¡Ay de mí! cuando á las dos y media entró en el salón del *Rocher de Cancale*, en donde, además de los pasantes, se encontraban tres invitados, á saber: un antiguo capitán de dragones llamado Giroudeau; Finot, periodista que podía lograr que Florentina debutase en la Ópera, y Bruel, un autor amigo de Tulia, una de las rivales de Marieta en la Ópera, el segundo pasante sintió desvanecerse su hostilidad secreta á los primeros apretones de mano, á los primeros transportes de la conversación y ante una mesa de doce cubiertos espléndidamente servida. Por otra parte, Jorge se mostró muy amable con Oscar.

—Sigue usted la diplomacia privada—le dijo.—Porque ¿qué diferencia existe entre un procurador y un embajador? la misma que existe entre una nación y un individuo. Los embajadores son los procuradores de los pueblos. Si yo

puedo serle á usted útil, disponga de mí en cuanto yo pueda.

—Hoy ya puedo decírselo á usted—repuso Oscar.—Usted fué la causa de una gran desgracia para mí.

—¡Bah!—exclamó Jorge después de haber escuchado el relato de las tribulaciones del pasante.—El que obró mal en aquella ocasión fué el señor de Serisy. ¿Su mujer?... No la quisiera para mí; él podrá ser conde, par de Francia, ministro de Estado, pero no deseo estar en su rubicundo pellejo. Es un estúpido, y hoy sí que me río yo de él.

Oscar oyó con verdadero placer las burlas de Jorge respecto al conde de Serisy, porque, en cierto modo, disminuían la gravedad de su falta, y abundó en las opiniones del ex pasante de notario, que se divertía en predecir á la nobleza las desgracias con que el pueblo soñaba entonces y que el 1830 debía realizar. A las tres y media se pusieron á la mesa. El postre no se servía hasta las ocho, pues cada servicio exigía dos horas. ¡Solo los pasantes son capaces de comer de este modo! Los estómagos de la gente de diez y ocho á veinte años son para la medicina fenómenos inexplicables. Los vinos fueron dignos de Borrel, que reemplazaba en esta época al ilustre Balanie, el creador de la mejor fonda de París, por la delicadeza y la perfección de su cocina.

Á los postres se redactó el proceso verbal de este festín de Baltasar, empezando por: *Inter pocula aurea restauranti, qui vulgo dicitur Rupes Canali*. Después de este encabezamiento, cualquiera puede imaginarse la hermosa página que se añadiría al libro de oro de los almuerzos pasantes.

Godeschal desapareció después de haber firmado, dejando á los once convidados entregados á los vinos, á los brindis y á los licores de unos postres cuyas pirámides de frutas y de primores se parecían á los obeliscos de Tebas. Á las diez y media, el aprendiz del estudio estaba en un estado que no le permitió permanecer por más tiempo. Jorge lo metió en un fiacre, dió la dirección de la casa de su madre y pagó la carrera. Los diez convidados, borrachos todos como pipas, proyectaron, dado el magnífico tiempo que hacía, ir á pie por los paseos á casa de la marquesa de las Florentinas y Cabirollos, en donde, á eso de media noche, tenían que encontrar á la sociedad más brillante. Todos tenían sed de respirar el aire á pulmones llenos; pero, excepto Jorge, Giroudeau, Bruel y Finot, que estaban acostumbrados á las orgías parisienses, nadie pudo andar. Jorge mandó á buscar tres

calesas á una cochería, y paseó á su gente durante una hora por los paseos exteriores, desde Montmartre hasta la barrera del Trono. Volvieron por Bercy á la calle de Vendome.

Aun volaban los pasantes por el cielo lleno de fantasías en que la embriaguez sumerge á los jóvenes, cuando su anfitrión los introdujo en el salón de Florentina. Allí brillaban las princesas de teatro, quienes instruidas sin duda de la broma de Federico, se divertían en imitar á las grandes señoras. Entonces se tomaban helados. Los lacayos de Tulia, de la señora de Val-Noble y de Florina, vestidos con grandes libreas, servían pastas en bandejas de plata. Los cortinajes, obras maestras de la industria lionesa, recogidos por medio de cordones de oro, deslumbraban. Las flores de las alfombras parecían naturales. Los más ricos adornos y curiosidades llamaban la atención de la mirada. En el primer momento, dado el estado en que se encontraban, los pasantes, y sobre todo Oscar, creyeron en la autenticidad de la marquesa de las Florentinas y Cabirolas. El oro relucía en cuatro mesas de juego establecidas en el dormitorio. En el salón, las mujeres se dedicaban á jugar á la veintiuna, siendo banquero Nathán, el célebre autor. Después de haber errado borrachos y casi dormidos por los sombríos paseos exteriores, los pasantes despertaban en un verdadero palacio de Armida. Oscar, presentado por Jorge á la pretendida marquesa, quedó atontado, sin reconocer á la bailarina de la Alegría en aquella mujer aristocráticamente escotada, llena de encajes, y que le recibió con modales y gracias como no se encontraban análogos en el recuerdo ó en la imaginación de un pasante tan severamente educado. Después de haber mirado todas las riquezas de aquella habitación y las hermosas mujeres que por allí vagaban, las cuales se habían prestado mutuamente ropa para inaugurar con esplendor la fiesta, Oscar fué cogido por la mano y conducido por Florentina á la mesa de la veintiuna.

—Venga usted, voy á presentarle á la hermosa marquesa de Anglade, una de mis amigas...

Y llevó á Oscar al lado de la hermosa Fanny Beaupré, que reemplazaba hacía dos años á la difunta Coralía en el corazón de Camusot. Esta joven actriz acababa de adquirir gran renombre desempeñando un papel de marquesa en un melodrama de la Porte-Saint-Martin, titulado: *La familia de Anglade*, un éxito del tiempo.

—Querida mía—dijo Florentina,—tengo el gusto de pre-

sentarte á este simpático muchacho con quien puedes asociarte para jugar.

—¡Ah! sí, con mucho gusto—respondió la actriz con encantadora sonrisa y mirando á Oscar de pies á cabeza.—Estoy perdiendo. Iremos á medias, ¿verdad?

—Señora marquesa, estoy á sus órdenes—contestó Oscar sentándose al lado de la actriz.

—Ponga usted el dinero—dijo ella,—y yo le iré indicando adónde lo ha de jugar; usted me dará suerte. Tome usted, ahí van mis últimos cien francos...

Y la falsa marquesa sacó cinco piezas de oro de una bolsa cuyo exterior estaba adornado de diamantes. Oscar sacó sus cien francos en duros, avergonzado de mezclar su innoble plata con las monedas de oro. En diez golpes, la actriz perdió los doscientos francos.

—¡Caramba! ¡qué mala suerte!—exclamó.—Voy á tallar yo. Seguimos á medias, ¿verdad?—dijo á Oscar.

Fanny Beaupré se había levantado, y el joven pasante, que se vió objeto de la atención de toda la mesa, no se atrevió á retirarse diciendo que el dinero que llevaba no era suyo. Oscar se quedó sin voz, y su lengua se puso torpe, pastosa y se le pegaba al paladar.

—¿Me prestas quinientos francos?—dijo la actriz á la bailarina.

Florentina trajo los quinientos francos, gracias á la esplendor de Jorge, que había pasado ocho veces al cartón.

—Nathán ha ganado mil doscientos francos—dijo la actriz al pasante;—los banqueros ganan siempre, no dejemos que nos limpien los bolsillos—le dijo al oído.

La gente que tiene corazón é imaginación, comprenderán como el pobre Oscar abrió su cartera y sacó el billete de quinientos francos. Miraba á Nathán, el célebre autor, que empezó á jugar fuerte con Florentina en contra de la banca.

—¡Vamos, amiguito, coja usted eso!—gritó Fanny Beaupré haciendo seña á Oscar de que recogiese doscientos francos que Florina y Nathán habían perdido.

La actriz no escaseaba las burlas y los chistes dirigiéndose á los que perdían. Ella animaba el juego con chistes que Oscar juzgaba extraordinarios; pero la alegría ahogó estas reflexiones, pues las dos primeras tallas dieron una ganancia de dos mil francos. Oscar deseaba fingir una indisposición y huir dejando allí á su compañera, pero el honor no se lo per-

mitía. Tres tallas más se llevaron al diablo los beneficios. Oscar sintió un sudor frío en la espalda y se le pasó en seguida la borrachera. Las dos últimas tallas se llevaron los mil francos de la banca. Oscar tuvo sed y se bebió, uno tras otro, tres vasos de ponche helado. La actriz llevó á Oscar al dormitorio contándole paparruchas. Pero allí el conocimiento de su situación anonadó de tal modo á Oscar, á quien se le apareció, como en sueños, el severo rostro de Desroches, que el pobre joven fué á sentarse en una magnífica otomana en el más sombrío rincón del dormitorio; después sacó el pañuelo y se lo puso sobre los ojos; ¡lloraba! Florentina vió aquella postura propia del dolor de un carácter sincero, y corrió hacia Oscar, le quitó el pañuelo de la cara, vió sus lágrimas y se lo llevó á su gabinete.

—¿Qué te pasa, hijo mío?—le preguntó.

Al oír esta voz, estas palabras y este acento, Oscar, que vió la bondad maternal de aquella muchacha, le respondió:

—He perdido quinientos francos que me había dado mi patrón para un asunto que tenía que ventilarse mañana, y no me queda más recurso que pegarme un tiro; estoy deshonrado...

—¿Es usted tonto?—repuso Florentina.—Vamos, hombre, espere usted ahí que voy á traerle mil francos para que procure rescatar lo perdido; pero no juegue usted más que quinientos, á fin de quedarse con el dinero de su principal. Jorge juega muy bien al ecarté, apueste usted por él.

En la cruel posición en que se encontraba, Oscar aceptó la proposición de la dueña de la casa.

—¡Ah! ¡sólo una marquesa es capaz de un rasgo semejante!—exclamó.—Hermosa, noble, riquísima, ¡qué feliz es ese Jorge!

Recibió de manos de Florentina los mil francos en oro, y fué á apostar por su antiguo compañero de viaje. Cuando Oscar fué á ponerse á su lado, Jorge había pasado ya cuatro veces. Los jugadores vieron llegar con gusto al nuevo punto, pues todos, con ese instinto que les caracteriza, habían empezado á apostar por Giroudeau, el antiguo oficial del Imperio.

—Señores—dijo Jorge,—su defección será castigada, porque comprendo que hoy estoy de vena. Vamos, Oscar, los reventaremos.

Jorge y su compañero perdieron cinco partidas seguidas.

Después de haber perdido sus mil francos, Oscar, presa ya de la fiebre del juego, quiso tomar las cartas. Por efecto de una casualidad muy común á los que juegan por primera vez, ganó; pero Jorge le distrajo continuamente con sus consejos, le dijo que echase las cartas, ya de esta manera, ya de la otra, y se las quitó varias veces de las manos; de suerte que la lucha de estas dos voluntades, de estas dos inspiraciones, hizo cambiar el juego. Á eso de las tres de la mañana, después de mil cambios de fortuna y de ganancias inesperadas, bebiendo siempre ponche, Oscar llegó á tener nada más que cien francos. Se levantó atontado y con la cabeza pesada, dió algunos pasos y cayó sobre un sofá del gabinete con los ojos cerrados por un sueño de plomo.

—Marieta—decía Fanny Beaupré á la hermana de Godeschal que había llegado á las dos de la madrugada,—¿quieres comer aquí mañana? Camusot vendrá con el padre Cardot y les haremos rabiar.

—Y ¿cómo no ha venido á decirme nada mi viejo chino?—exclamó Florentina.

—Tiene que venir esta mañana á prevenirte de que hoy piensa cantar él la *Madre Godichón*—repuso Fanny Beaupré.—Pobre hombre, me parece que es muy justo que estrene su habitación.

—¡Llévele el diablo con sus orgías!—exclamó Florentina. Él y su yerno son peores que magistrados ó directores de teatro. Después de todo, Marieta, Cardot manda siempre la comida de casa de Chevet; ven con tu duque de Maufrigneuse que nos reiremos y les haremos bailar como muñecos.

Al oír los nombres de Cardot y de Camusot, Oscar hizo un esfuerzo para vencer el sueño; pero sólo pudo balbucear una palabra que no fué oída y volvió á caer sobre la almohadilla de seda.

—Veo que tienes huéspedes para esta noche—dijo riéndose Fanny Beaupré á Florentina.

—¡Oh! ¡pobre muchacho! está ébrio del ponche y de desesperación. Es el segundo pasante del estudio en que está tu hermano—dijo Florentina á Marieta.—Ha perdido el dinero que le había dado su principal para un negocio. Quería matarse, y yo le he prestado mil francos que también le ganaron esos bandidos de Finot y de Giroudeau. ¡Pobre inocente!

—Pero hay que despertarlo—dijo Marieta,—porque mi

hermano no transige con estas cosas y su principal menos.

—¡Oh! despiértale tú si puedes y llévatelo—dijo Florentina volviendo á los salones para despedir á los que se marchaban.

Después se pusieron á bailar los que quedaban aún, y, cuando llegó el día, Florentina se acostó muy cansada, olvidando á Oscar, en quien nadie pensaba, pero que dormía con profundo sueño.

A eso de las once de la mañana, una voz terrible despertó al pasante, quien, habiendo reconocido á su tío Cardot, creyó salir del apuro fingiendo que dormía y manteniéndose tumbado sobre los hermosos cojines de terciopelo amarillo que le habían servido de almohada.

—A decir verdad, Florentinita—decía el respetable anciano,—eso no es sabio ni prudente: bailaste ayer en las Ruinas y ¿aun has pasado la noche de orgía? Eso es querer perder tu frescura, sin contar con que ha sido una verdadera ingratitud el inaugurar estas magnificas habitaciones sin mí, con gente extraña, sin decirme nada... ¿Quién sabe lo que ha pasado aquí?

—¡Viejo monstruo!—exclamó Florentina.—¿No tiene usted una llave para entrar á todas horas y cuando se le antoje en mi casa? El baile se ha acabado á las cinco y media, y ¿tiene usted la crueldad de despertarme á las once!

—Las once y media, Titina—dijo humildemente Cardot;—me he levantado temprano para encargarle á Chevet una comida de arzobispo... Han estropeado alfombras. ¿Qué diablo de gente has recibido?

—No debe usted quejarse, porque Fanny Beaupré me ha dicho que vendría usted con Camusot, y, para daros gusto á los dos, he invitado á Tulia con Bruel, á Marieta, al duque de Maufrigneuse, á Florián y á Nathán. Así es que tendrá usted á las criaturas más hermosas que hayan podido verse nunca á la luz de una lámpara; bailarán pasos de Zéfiro...

—¡Oh! ¡hacer esta vida equivale á matarse!—exclamó el padre Cardot.—¡Cuánto vaso roto! ¡Qué pillaje! ¡La antesala da horror!

En este momento el agradable anciano se quedó como estúpido y atontado, lo mismo que un pájaro atraído por un reptil. Veía el perfil de un cuerpo vestido de negro.

—¡Eh! señorita Cabirole...—dijo por fin.

—¿Qué hay?—preguntó ésta.

La mirada de la bailarina tomó la dirección de la del padre Cardot, y, cuando reconoció al segundo pasante, le dió una risa tan loca, que no sólo asombró al anciano, sino que obligó á Oscar á mostrarse, pues Florentina lo cogió del brazo y estallaba de risa al ver las dos constrictas caras del tío y del sobrino.

—¿Usted aquí, sobrino?

—¡Ah! ¿es su sobrino de usted?—exclamó Florentina reanudando sus carcajadas.—Nunca me había usted hablado de este sobrino. ¿De modo que no ha ido usted con Marieta?—dijo dirigiéndose á Oscar que estaba petrificado.—¿Qué va á ser de este pobre muchacho?

—Que sea lo que quiera—replicó secamente el buen Cardot dirigiéndose hacia la puerta para marcharse.

—Un instante, papá Cardot; va usted á sacar á su sobrino del mal paso que ha dado por mi culpa, pues se ha jugado el dinero de su patrón, quinientos francos, y lo ha perdido, á más de mil francos que le he dado yo para ver si lograba rescatarlos.

—¡Desgraciado! ¿has perdido á tu edad mil quinientos francos al juego?

—¡Oh! tío, tío—exclamó el pobre Oscar recordando lo horroroso de su situación y poniéndose de rodillas delante de su tío y con las manos juntas.—Son las doce, ¡estoy perdido, deshonorado!... El señor Desroches no se compadecerá de mí; se trata de un asunto en el que está interesado su amor propio. ¡Yo tenía que ir esta mañana á la escribanía á resolver el asunto Vandénese contra Vandénese! ¿Qué ha ocurrido? ¿Qué va á ser de mí?... ¡Sálveme usted; se lo ruego por la memoria de mi padre y de mi tía!... ¡Venga usted conmigo á casa del señor Desroches, háblele usted, busque algún pretexto!

Estas palabras, pronunciadas en medio de llantos y sollozos hubiesen enternecido á una esfinge del desierto de Louqsor.

—Vamos á ver, viejo avaro—exclamó la bailarina llorando—¿va usted á dejar deshonorado á su propio sobrino, al hijo del hombre á quien debe usted su fortuna, pues se llama Oscar Hussón? ¡Ó le salvas, ó tu Titina te deja por el milord!

—Pero ¿cómo se encuentra aquí este muchacho?—preguntó el anciano.

—Porque se ha olvidado de ir al juicio de que ha hablado. ¿No ve usted que está borracho y que se ha caído ahí de sueño y de cansancio? Ayer, Jorge y Federico dieron un banquete á los pasantes de Desroches en el *Rocher de Cancale*.

El padre Cardot miraba á la bailarina con aire de duda.  
—Vamos, viejo mono ¿cree usted que no le hubiera escondido si no fuese como le digo?—exclamó Florentina.

—Toma, ahí tienes los quinientos francos, estúpido—dijo Cardot á su sobrino.—Esto es todo lo que obtendrás de mí en tu vida. Vete á arreglarte con tu patrón, si puedes. Yo le devolveré á esta señorita los mil francos que te ha prestado, pero no quiero oír hablar más de ti.

La casualidad que pierde á la gente y la casualidad que la salva hicieron esfuerzos iguales en pro y en contra de Oscar en esta terrible mañana; pero tenía que sucumbir ante la severidad de su terrible patrón, quien no dispensaba jamás á sus pasantes falta alguna en el cumplimiento de sus deberes, mayormente tratándose de asuntos de notoria importancia. Al volver á su casa, Marieta, preocupada por la situación del compañero de su hermano, había escrito á éste cuatro letras y remitido con ellas un billete de quinientos francos, previniéndole de la borrachera y de las desgracias ocurridas á Oscar. Esta buena muchacha se durmió recomendando á su camarera que llevase la carta á casa de Desroches antes de las siete. Godeschal, por su parte, habiéndose levantado á las seis y viendo que Oscar no estaba, lo adivinó todo. Tomó quinientos francos de sus economías y corrió á casa del escribano á fin de poder presentar á Desroches el juicio á las ocho. La camarera de Marieta, no habiendo encontrado al hermano de su ama en su habitación, bajó al estudio y fué recibida allí por Desroches, á quien, como es natural, entregó la carta.

—¿Es para asuntos del estudio?—preguntó el patrón.—Yo soy el señor Desroches.

—Véala usted, caballero—dijo la camarera.

Desroches abrió la carta y la leyó. Al ver con ella el billete de quinientos francos, entró en su despacho furioso contra su segundo pasante. A las siete y media se presentó Godeschal con aire de triunfo, entregando el juicio á su amo.

—¿Ha ido Oscar esta mañana á casa de Simón?—preguntó Desroches.

—Sí, señor—respondió Godeschal.

—¿Quién le ha dado el dinero?—preguntó el procurador.

—Usted mismo, el sábado.

—¿Llueven acaso billetes de quinientos francos?—exclamó Desroches.—Escuche, Godeschal; usted es un buen muchacho, pero el pequeño Hussón no merece tanta generosidad. Yo odio á los imbéciles, pero odio aun más á las gentes que cometen estas faltas á pesar de los cuidados de que están rodeados.

Y entregó á Godeschal la carta de Marieta y el billete de quinientos francos que le enviaba.

—Dispénsame usted que la haya abierto—continuó,—pero la criada de su hermana de usted me ha dicho que era para asuntos del estudio. Despida usted á Oscar.

—Ese desgraciado me da pena—dijo Godeschal.—Ese gran perdido de Jorge Marest es su mal genio y debe huir de él como de la peste; pues no sé qué desgracia le acarrearía en un tercer encuentro.

—¿Cómo es eso?—dijo Desroches.

Godeschal contó sucintamente el lance del viaje á Presles.

—¡Ah! exclamó el procurador—ya he oído hablar á José Bridau de ese lance, que motivó que el señor conde de Serisy se interesase por su hermano.

En este momento Moreau apareció, pues el juicio Vandenesse era cosa que le interesaba. El marqués quería vender en lotes la tierra de Vandenesse, y el conde su hermano se oponía á ello. El comerciante fué, pues, el primero en oír las justas quejas y las siniestras profecías que Desroches dirigió á su segundo pasante, resultando de aquí que el más ardiente protector de este pobre muchacho adquirió la firme convicción de que la vanidad de Oscar era incorregible.

—Hágale usted abogado—dijo Desroches,—pues no le falta más que un examen; en esta profesión, estos defectos se convierten á veces en cualidades, pues el amor propio hace ser oradores á la mitad de los abogados.

En este momento Clapart, que había caído enfermo, estaba cuidado por su mujer, cumpliendo ésta así una labor penosa, un deber sin recompensa. El empleado atormentaba á aquella pobre criatura, que ignoraba hasta entonces los atroces malos ratos y disgustos que ocasiona en la vida íntima del matrimonio un hombre medio imbécil, y á quien la miseria ponía á todas horas furioso. Satisfecho de poder in-

troducir una punta acerada en el rincón sensible de aquel corazón de madre, había adivinado hasta cierto punto las aprensiones que el porvenir, la conducta y los defectos de Oscar inspiraban á la pobre mujer. En efecto: cuando una madre ha recibido de su hijo un disgusto como el que ella recibió con motivo del viaje de Oscar á Presles, no tiene un momento de tranquilidad; y, á medida que su mujer alababa á Oscar siempre que éste daba un paso de avance en su carrera, Clapart, que conocía la extensión de las inquietudes secretas de la madre, se complacía en agrandarlas y avivarlas.

—Vaya, Oscar se porta mejor de lo que yo esperaba; ya lo decía yo: lo del viaje á Presles fué efecto de sus pocos años. ¿Qué joven no ha cometido faltas? El pobre niño soporta heroicamente privaciones que no hubiese sufrido si su padre viviera todavía. ¡Quiera Dios que sepa contener sus pasiones! etc., etc.

Mientras que ocurrían tantas catástrofes en las calles de Vendome y de Bethisy, Clapart, sentado en un rincón del fuego y envuelto en una mala manta, miraba á su mujer que le estaba haciendo el puchero, una taza de manzanilla y su almuerzo.

—¡Dios mío! quisiera saber cómo ha acabado el día de hoy. Oscar tenía que ir á comer al *Rocher de Cancale* y por la noche á casa de una marquesa.

—¡Oh! no tengas cuidado; tarde ó temprano descubrirás sus manitas —le dijo su marido.—¿Crees tú acaso que sea en realidad una marquesa? Y si lo es, peor para Oscar, porque algún día lo verás venir cargado de deudas.

—No sabes más que inventar medios para desesperarme —exclamó la señora Clapart.—Te has lamentado de que mi hijo te comía tu sueldo, cuando él no te ha costado nunca nada. De dos años aquí, ningún motivo tienes para decir mal de Oscar. Es segundo pasante, su tío y el señor Moreau le costean sus gastos, y él tiene ya ochocientos francos de sueldo. Si hemos de tener pan en nuestra vejez, se lo deberemos al muchacho. A decir verdad, lo tratas con mucha injusticia.

—¿Llamas injusticia á mis previsiones?—respondió ágricamente el enfermo.

En este momento llamaron á la puerta. La señora Clapart fué á abrir y se quedó en el recibidor con Moreau, el

cual iba á darle cuenta del nuevo disgusto que Oscar acababa de ocasionarles.

—¡Cómo! ¿ha perdido el dinero de su amo?—exclamó la señora Clapart llorando.

—¿Eh? ¿cuando yo te lo decía...!—exclamó Clapart apareciendo como un espectro á la puerta del salón adonde la curiosidad le había atraído.

—Pero ¿qué vamos á hacer de él?—preguntó la señora Clapart sin ocuparse de la exclamación de su marido.

—Si llevase mi nombre—respondió Moreau,—tendría una satisfacción en que cayese soldado para dejarle ir. Esta es la segunda vez que este muchacho hace tonterías por vanidad. Pues bien, la vanidad acaso sea causa de acciones heroicas en otra carrera. Por otra parte, seis años de servicio militar le sentarán la cabeza; y, como no le falta más que un examen para ser abogado, podrá hacerlo después de haber pagado el impuesto de sangre. Esta vez, al menos, sufrirá un severo castigo, que le servirá de experiencia y le acostumbrará á la subordinación.

—Si es esa su sentencia de usted—dijo la señora Clapart,—veo que el corazón de un padre no se parece en nada al de una madre. ¿Mi pobre Oscar soldado?

—¿Prefiere usted verle tirarse de cabeza al Sena después de haber cometido una acción deshonrosa? ¿No puede ser procurador y quiere usted hacerle abogado? Mientras no le entre el juicio ¿qué va á ser de él? un pillastre; al menos, en el ejército le corregirán.

—¿No podría ir á otro estudio? Su tío Cardot le pagará la quinta y los gastos del último examen.

En este momento, el ruido de un fiacre que traía el mobiliario de Oscar, anunció al desgraciado joven, que no tardó en presentarse.

—¡Ah! ¿ya estás aquí, señor marquesito?—exclamó Clapart.

Oscar abrazó á su madre y tendió á Moreau una mano que éste se negó á estrechar. Oscar respondió á este desprecio con una mirada que denotaba un atrevimiento que no había demostrado nunca.

—Escuche usted, señor Clapart—dijo el muchacho que se había hecho ya hombre;—usted tiene aburrida á mi pobre madre y está usted en su derecho, pues, por desgracia, ella es su mujer de usted. Pero yo no soy lo mismo. Dentro de

algunos días seré mayor de edad, pero, aunque no lo fuese, no por eso tendría usted derecho sobre mí. Nunca le he pedido á usted nada. Gracias á este señor que está aquí, no le he gastado á usted nunca ni cinco céntimos, y, por lo tanto, nada le debo; así, pues, déjeme usted en paz.

Al oír estas palabras, Clapart se fué refunfuñando á ocupar su sitio al lado del fuego. El razonamiento del segundo pasante y el furor de un joven de veinte años que acababa de recibir una lección de su amigo Godeschal, impusieron silencio para siempre á la imbecilidad del enfermo.

—Un momento de obcecación en circunstancias en que usted, á mi edad, hubiese sucumbido como yo—dijo Oscar á Moreau,—me ha hecho cometer una falta, que Desroches juzga grave, y que sólo es un pecadillo. Bien siento y me reprocho el haber tomado á Florentina, de la Alegría, por una marquesa, á actrices por mujeres del gran mundo, y haber perdido mil quinientos francos en medio de una juerga en que cualquiera, aun el mismo Godeschal, hubiese hecho algún exceso. Pero esta vez, al menos, no he perjudicado á nadie más que á mí. Ya estoy corregido. Si quiere usted ayudarme, señor Moreau, le juro que los seis años que han de pasar antes de que yo pueda ejercer...

—Alto ahí—dijo Moreau;—yo tengo tres hijos y no puedo comprometerme á nada.

—Bien, bien—dijo á su hijo la señora Clapart dirigiendo una mirada de reproche al señor Moreau,—tu tío Cardot...

—Ya no hay tío Cardot—respondió Oscar contando la escena de la calle de Vendome.

La señora Clapart, que sintió que sus piernas se doblaban bajo el peso de su cuerpo, fué á caer en una silla del comedor como herida por un rayo.

—¡Todas las desgracias juntas!—dijo desmayándose.

Moreau tomó á la pobre madre en brazos y la llevó á su cama. Oscar permanecía inmóvil y como petrificado.

—No te queda más remedio que hacerte soldado—dijo el comerciante en inmuebles á Oscar.—Á ese necio de Clapart me parece que no le quedan más que tres meses de vida; tu madre quedará sin un céntimo de renta. ¿No debo yo reservar para ella el poco dinero de que puedo disponer? Esto es lo que no podía decir delante de tu madre. Siendo soldado comerás, y comprenderás lo que es la vida para los hombres sin fortuna.

—Puedo sacar un buen número—dijo Oscar.

—¿Y qué? tu madre ha llenado ya sus deberes para contigo: te ha educado, te ha puesto en el buen camino, y tú acabas de salir de él, ¿qué puedes intentar? Ya sabes que hoy día no se puede hacer nada sin dinero, y tú no serías capaz de dejar la levita cambiándola por la blusa del obrero. Además, tu madre te ama ¿quieres matarla? Se moriría si te viera dedicado á oficios tan bajos.

Oscar se sentó y dió rienda suelta á sus lágrimas, que corrían en abundancia. Entonces comprendió este lenguaje, tan inteligible para él á raíz de cometer su primera falta.

—Los hombres sin fortuna tienen que ser perfectos—dijo Moreau sin sospechar la profundidad de esta cruel sentencia.

—Mi porvenir no estará mucho tiempo indeciso; pasado mañana me sortean—dijo Oscar.—De aquí á pasado mañana tengo tiempo de pensarlo.

Moreau, desolado á pesar de su actitud severa, dejó el hogar de la calle de la Cerisaye sumido en profunda desesperación. Dos días después, Oscar fué sorteado y sacó el número veintisiete. En interés de este pobre muchacho, el antiguo administrador de Presles tuvo el valor de ir á pedir protección al señor conde de Serisy para que destinase á Oscar la caballería. Como el hijo del ministro de Estado hubiese sido destinado á este cuerpo al salir de la Escuela Politécnica, fué incorporado al regimiento de caballería del duque de Maufrigneuse. En medio de su desgracia, Oscar tuvo, pues, la suerte de haber sido incorporado, gracias al señor conde de Serisy, á este hermoso regimiento, con la promesa de que le harían cabo antes de un año. De este modo la casualidad puso al ex pasante bajo las órdenes del hijo del señor conde de Serisy.

La señora Clapart sintió tan vivamente estas catástrofes que, después de haber llorado muchos días, empezó á sentir ciertos remordimientos que se apoderan de las madres cuya conducta ha sido ligera en otro tiempo y que en la vejez se inclinan al arrepentimiento. Se consideró como una criatura maldita. Atribuyó la miseria de su segundo matrimonio y las desgracias de su hijo á una venganza de Dios, que le hacía expiar los placeres y las faltas de su juventud. Esta opinión no tardó en ser para ella una certidumbre. Por primera vez, después de cuarenta años, la pobre madre fué á confesarse con el vicario de San Pablo, el abate Gaudrón, quien le con-

venció de que no debía abandonar ya nunca las prácticas religiosas. Pero un alma tan maltratada y tan amante como la de la señora Clapart, tenía que llegar á ser piadosa. La antigua Aspasia del Directorio quiso lavar sus pecados para atraer las bendiciones de Dios sobre la cabeza de su pobre Oscar, y no tardó en entregarse á los ejercicios y obras de la piedad más viva. Creyó haber llamado la atención del cielo después de haber logrado salvar al señor Clapart, quien, gracias á sus cuidados, vivió para atormentarla; pero ella vió en las tiranías de este espíritu débil tormentos aplicados por la mano que acaricia al mismo tiempo que castiga. Por otra parte, Oscar se portaba tan bien, que en 1830 era ya sargento de la compañía del vizconde de Serisy, lo cual equivalía á ser primer teniente, porque el regimiento del duque de Maufrigneuse pertenecía á la guardia real. Oscar Hussón tenía entonces veinticinco años. Como la guardia real estaba siempre en París, ó en un radio de treinta leguas en torno de la capital, iba á ver de vez en cuando á su madre y le confiaba sus dolores, pues tenía bastante talento para comprender que no llegaría nunca á ser oficial. En esta época los grados de caballería estaban reservados á los segundones de familias nobles, y la gente sin nombre ascendía muy rara vez. Toda la ambición de Oscar era dejar la guardia y ser nombrado teniente en un regimiento de caballería de línea. En el mes de febrero de 1830, por mediación del abate Gaudrón, que era ya cura de San Pablo, la señora Clapart obtuvo la protección de la Delfina, y Oscar fué nombrado teniente.

El antiguo pasante, aunque era liberal en el fondo, fingía ser muy adicto á los Borbones. Así es que en la batalla de 1830 se puso de parte del pueblo. Esta defección, que tuvo mucha importancia, dado el punto en que se operó, valió á Oscar mucho renombre. En la exaltación del triunfo, en el mes de agosto, Oscar obtuvo la cruz de la Legión de Honor y fué nombrado ayudante de Lafayette, el cual lo ascendió á capitán en 1832. Cuando el mejor de los entusiastas por la mejor de las repúblicas fué destituido de su mando de los guardias nacionales del reino, Oscar Hussón, cuya adhesión á la nueva dinastía era fanática, fué nombrado jefe de escuadrón de un regimiento destinado á Africa, cuando la primera expedición llevada á cabo por el príncipe real. El vizconde de Serisy iba de teniente coronel de aquel mismo regimiento.

En el encuentro de la Macta, en el que hubo que dejar el campo á los árabes, el vizconde de Serisy quedó herido sobre su caballo muerto. Oscar dijo entonces á su escuadrón: «¡Señores, esto es ir á la muerte, pero no podemos abandonar á nuestro coronel!» Y se precipitó sobre los árabes, al ver lo cual su gente, entusiasmada, le siguió. Sorprendidos con este brusco y furioso ataque, los árabes permitieron á Oscar apoderarse del vizconde, á quien tomó en su caballo, huyendo después á galope. Pero en esta operación, llevada á cabo en medio de un horrible tiroteo, Hussón recibió dos golpes de yatagán en el brazo izquierdo. La hermosa conducta de Oscar fué recompensada con la cruz de oficial de la Legión de Honor y con su ascenso á teniente coronel. Prodigó los más afectuosos cuidados al vizconde de Serisy, á quien su madre fué á buscar y que, como es sabido ya, murió en Tolón á consecuencia de sus heridas. La condesa de Serisy no había separado á su hijo de aquel que, después de haberlo arrancado á los árabes, lo cuidaba aún con tanto cariño. Oscar estaba tan gravemente herido, que el cirujano que había llevado consigo la condesa para curar á su hijo, juzgó necesaria la amputación del brazo. El conde de Serisy perdonó á Oscar sus tonterías del viaje á Presles y se consideró como deudor suyo por los cuidados que había prestado á su hijo único, que fué enterrado en la capilla del castillo de Serisy.

Algún tiempo después de la acción de la Macta, una anciana señora vestida de luto, que daba el brazo á un hombre de treinta y cuatro años, en quien los transeúntes podían reconocer tanto mejor á un oficial retirado, por cuanto que tenía un brazo de menos y la roseta de la Legión de Honor en el ojal, se estacionaba á las ocho de la mañana de un día del mes de mayo delante de la puerta cochera de la posada del *León de Plata*, calle del Faubourg-Saint-Denis, esperando sin duda la salida de una diligencia. Indudablemente que Pierrotín, el empresario de los servicios del valle del Oise, había de reconocer difícilmente en aquel oficial de tez bronceada, al pequeño Oscar Hussón que había llevado en otro tiempo á Presles. La señora Clapart, viuda ya, estaba tan desconocida como su hijo. Clapart, una de las víctimas del atentado de Fieschi (1), había prestado más servicios á su

(1) Fieschi, regicida corso, atentó á la vida de Luis Felipe por medio de una máquina infernal. Fué ejecutado en París en 1835.—(N. del T.)